

LIBROS

La protesta como norma

Examinar el fenómeno social de la protesta, de la «contestación» a los sistemas establecidos, es el objeto del estudio del profesor Norman F. Cantor, recientemente publicado en España (1). «Junto con la industrialización, los problemas urbanos, la televisión, el deporte profesional, la contaminación y la píldora, los movimientos de protesta forman parte de las principales preocupaciones de nuestra sociedad», afirma el autor en el prólogo de su libro. Libro que pretende ser un manual «práctico» de las formas de protesta, analizadas desde un ángulo lo más objetivo posible. El profesor Cantor sabe vender su producto, y ya en el citado prólogo indica que «puede ser particularmente útil a los liberales de corazón sensible, a los conservadores coriáceos, a los jóvenes y a los viejos, a la gran clase media y a los pobres con cultura. Rectores de Universidad, jefes de Policía y personajes políticos lo encontrarán práctico, y padres, al leerlo, comprenderán mejor a sus retoños (sic)».

La protesta, dice Cantor, es un fenómeno característico de nuestro siglo, y aunque sus metas sean dispares, sus técnicas y estilos pueden calificarse en una sola categoría conceptual. De un lado, existe la protesta de los intelectuales y la «gente culta», que es innata a las

nuevas generaciones y se nutre de la inevitable hostilidad de los jóvenes hacia los viejos. De otro, se da una protesta más específica, la confrontación organizada contra la élite o contra algún sector de ella. Aunque la mayor parte de los movimientos contestatarios han corrido a cargo de las izquierdas, el fascismo y otras manifestaciones derechistas han sabido utilizar con gran habilidad las mismas técnicas. En realidad, afirma el autor, la protesta del siglo XX no es más que la continuación de una norma que comenzó en el siglo XII, recibiendo un nuevo impulso con la Revolución Francesa, «la norma del cambio, mediante el cual los nuevos grupos prósperos y educados de la sociedad afirman su derecho a la importancia política y al poder, en consonancia con su capacidad intelectual y económica».

Con ayuda de un considerable banco de datos, Cantor inicia su estudio de sociología e Historia comparadas pasando revista a los movimientos sufragistas de principios de siglo en Inglaterra, la revuelta irlandesa de 1916, los amotinamientos en el Ejército francés durante la primera guerra mundial y la Revolución soviética, con la que cierra el ciclo de los veinte primeros años del siglo o de «aparición de la protesta». En los dos apartados siguientes, la protesta contra la «normalidad» y la protesta contra el capitalismo y el imperialismo, analiza fenómenos tan interesantes como la huelga general británica de 1926, la ascensión del nazismo en la República de Weimar, la aparición de la flapper y de la «generación perdida» en los Estados Unidos, la protesta comunista en los años cuarenta y la resistencia anticolonialista de Gandhi. Lógicamente, los capítulos relacionados con la sociedad norteamericana son tratados más a fondo y con notable imparcialidad. La abundancia de

anécdotas y comentarios irónicos hace muy amena la lectura, convirtiendo la obra de Cantor en un libro de divulgación histórica capaz de llegar a ser un best-seller.

La última parte del trabajo está dedicada a estudiar lo que el autor llama «la era de la protesta permanente», iniciada en los años sesenta. Los movimientos pro derechos civiles en los Estados Unidos, la generación beat y la nueva izquierda, la revuelta universitaria son, junto con la protesta contra el stalinismo y el mayo francés de 1968, los temas tratados. Los tres primeros consiguen darnos una interesante perspectiva de conjunto de los conflictos internos en los Estados Unidos durante los últimos años: la contracultura, nacida en la Costa Oeste; el SNCC, el caso Leary, la persecución y aniquilamiento de los «panteras negras», los graves disturbios de Ne-



wark, la aparición de los «hippies» y, después, de los «yippies» o «hippies» politizados, encuadrados en el YIP (Partido Internacional de la Juventud); la protesta contra la intervención en Indochina, el «verano de la libertad» de 1964, donde se formaron la mayor parte de los líderes universitarios; el movimiento SDS y la gran confrontación entre estudiantes progresistas y conservadores, negros y Policías en la Universidad de Columbia en 1968, donde Norman F. Cantor es profesor de His-

toria. El libro, publicado en los Estados Unidos en 1969, no recoge los importantes acontecimientos posteriores, y se cierra con la revuelta de mayo en Francia. Seguramente la simultaneidad de los disturbios en Nanterre y en Columbia sugirió al profesor Cantor la idea de escribir un libro sobre la «época de la protesta».

«La revolución —escribe Cantor— es la excepción; la protesta, la norma». El espíritu liberal del autor se rebela contra la ruptura radical, contra la destrucción total del sistema: «La protesta ha provocado transformaciones y, por lo general, mejoras sociales, mientras que la revolución ha llevado al caos, a la guerra civil y a nuevas tiranías». Para seguir la norma, por tanto, hay que protestar, pero con mesura, con una violencia mínima y cuidadosamente encauzada; cuando la violencia se des-

y una posibilidad de que aparezca el heroísmo romántico, que ya parece periclitado en la moderna sociedad industrial. Casi nunca los movimientos de protesta han sido dirigidos por trabajadores; la protesta es «un fenómeno de clase media», una manifestación del descontento y alienación de esta clase, de donde surgen los líderes, casi siempre con «buena educación, oportunidades profesionales a su alcance y mucho tiempo libre», señala Cantor en un curioso epílogo en el que expone sus generalizaciones sobre las características de la protesta. Así nos enteramos de que «la mayor parte de los contestatarios tienen menos de treinta años», de que «la protesta no es para los viejos» o de que «la protesta engendra protesta» y de que «la televisión ha constituido una gran ayuda, porque la protesta se nutre con la publicidad».

Como colofón de sus generalizaciones, el profesor Cantor nos ofrece una especie de decálogo para el contestatario, explicando en ocho epígrafes cómo tener éxito en la confrontación directa con el sistema. «Utiliza una retórica elemental de vago contenido, pero de alto voltaje emotivo: «Fascista, racista, embustero, traidor!». La repetición incansable de estos epítetos hará que formen parte del lenguaje diario, y hasta el sistema los legitimará al usarlos», dice en una de sus instrucciones para el contestatario. La proclamada objetividad del trabajo obliga a Cantor a presentar también una serie de consejos (sólo cuatro) para el sistema sobre cómo derrotar mejor a la protesta: «Mantente al día en lo que respecta a cambios sociales, modas intelectuales, estilos. No te adocenes; usa la jerga nueva y (con moderación) lo que se lleve en cuestiones de ropa y caballo», es una de sus recomendaciones a los encargados de mantener la

estabilidad del sistema...

El afán de generalizar, de extraer «consejos prácticos», desvirtúa en gran medida un interesante estudio de Historia comparada sobre los movimientos de protesta en el siglo XX. El fenómeno de la protesta, sea o no una norma social en uso desde hace cientos de años, es demasiado serio para compendiarlo en una docena de lecciones «prácticas». ■ JUAN GONZALEZ YUSTE.

La violencia no es obligatoria

La violencia presente en el mundo actual ha dado lugar a una tesis rápidamente difundida, y, aunque no menos rápidamente combatida, muy peligrosamente aceptada: la de la agresividad innata. Ha cundido fácilmente, porque está entroncada en dos antiguas convicciones de las sociedades de la línea hebraica de pensamiento, que son contradictorias y, al mismo tiempo, complementarias: el pesimismo culpable (pecado original, «el hombre no tiene remedio») y la exculpación inmediata («si somos así y estamos así hechos, no tenemos otra posibilidad de comportamiento»). La idea de lo «patentes», lo que se ve, tiene también mucho que ver con ello. En este número de TRIUNFO se recoge la estadística de los ciento diez millones de muertos en las guerras del siglo XX. El profesor Friedrich Hacker añade ahora otra del mismo significado: en los últimos ciento cincuenta años —dice—, en guerras, acciones policiales, choques y crímenes, ataques y defensas, una persona dio muerte a otra cada minuto del día y de la noche en el Occidente civilizado. Pero el profesor Hacker, en su excelente libro «Agresión» (Editorial Grijalbo, Barcelona; traducción de Felu Formosa) no acepta la tesis

(1) La era de la protesta (Oposición y rebeldía en el siglo XX), de Norman F. Cantor. Alianza Editorial. Madrid, 1973. 430 páginas.

ZyX/sa

ULTIMAS REEDICIONES

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO
(2.ª edición)

Edouard Dolleans. 3 tomos
Precio de cada tomo: 150 pesetas.

«La mejor síntesis de la historia obrera después de la revolución industrial, e imprescindible para comprender los siglos XIX y XX.» («Mundo Social».)

HISTORIA DEL ANARCOSINDICALISMO
ESPAÑOL
(3.ª edición)

Juan Gómez Casas
Precio: 140 pesetas.

Primer manual, publicado en España, sobre la génesis y evolución del movimiento anarcosindicalista en nuestro país.

HOMBRE Y DIALECTICA EN EL MARXISMO-LLENINISMO
(2.ª edición)

Carlos Díaz.
Precio: 55 pesetas.

Estudio crítico del materialismo dialéctico elaborado por Engels y Lenin, escrito con rigor científico y terminología popular.

HISTORIA DE LAS CLASES TRABAJADORAS
(2.ª edición)

Fernando Garrido. 4 tomos.
Precio de cada tomo: 90, 200, 140 y 140 pesetas, respectivamente.

La obra se compone de cuatro partes, y en cada una de ellas se estudia la explotación del hombre en la historia de la Humanidad, a través de sus prototipos: el esclavo, el siervo, el proletario y el trabajador asociado.

LA CLASE OBRERA ESPAÑOLA A
FINALES DEL SIGLO XIX
(2.ª edición)

(Informes de Pablo Iglesia, Jaime Vera, García Quejido y otros)

Precio: 125 pesetas.

«Recoge la información oral y escrita presentada en 1884 ante la Comisión de Reformas Sociales, sobre el estado de la clase trabajadora. Documentos esclarecedores para una comprensión del movimiento obrero y de la historia global de España.» («Cuadernos para el Diálogo».)

Edita ZERO, S. A.
Distribuye ZYX, S. A.
Lérida, 80. MADRID-20.



ARTE • LETRAS • ESPEC

de la agresividad innata (excepto como una pulsión constructiva), ni mucho menos la de la violencia necesaria o justificada, incluyendo en su condena no sólo a la violencia prohibida como delito, sino también la violencia que se emplea para castigar ese delito.

Este psicoanalista vienés de la escuela freudiana, afincado en los Estados Unidos, dotado — como suele suceder con los psicoanalistas — de un gran sentido de la escritura, enfoca el tema desde las posibilidades de la solución. No cree «en el automatismo de ningún organismo extrahumano, ni en el de la naturaleza, ni en el de la historia, ni en el de la técnica, ni en el de la evolución o el del destino». La capacidad de transformación está intacta, el hombre del futuro se debe inventar desde ahora («porque, de lo contrario, no habrá futuro»), y que los mecanismos de defensa pueden ser orientados de otra manera; cree que unas acciones «políticamente concretas» pueden conseguir esas reformas, pero que «la realización de los planes existentes al servicio de la "defensa" militar, del beneficio económico y de la perfecta tecnificación» pueden tener consecuencias catastróficas; que «el hecho escandaloso de que la realidad quede muy por detrás de la posibilidad no tiene como responsables ni una parálisis innata ni un destino desfavorable, sino los rituales mentales y los automatismos sentimentales que hemos adquirido por aprendizaje; tanto los unos como los otros podrían aprenderse de nuevo y de otra forma; que no todo lo que se puede desear es realizable ni todo lo que se puede realizar es deseable, y que «la agresión a la barbarie es tan poco automática como la progresión hacia el progreso», que «todo lo que podemos conseguir con la violencia se puede realizar también sin la vio-

lencia y se ha realizado ya parcialmente con medios no violentos». «Sólo los administradores del poder — dice Hacker —, y no los desposeídos del mismo, están en condiciones de permitir las pruebas, los experimentos, con posibilidades pluralistas de alternativas a la violencia y de aplicar concretamente sus resultados».

Este credo está apoyado en un extenso examen y análisis, en el que la teoría, las tesis, las hipótesis surgen como consecuencia del examen de casos concretos, muchos de ellos de conocimiento directo del autor por su profesión de psiquiatra y psicoanalista. Uno de ellos es el del teniente Calley, el culpable de la matanza en la aldea vietnamita de My Lai y la repentina conversión en héroe popular y protegido por el poder de un asesino de masas, en un paralelismo sobre Manson, el asesino de Sharon Tate — tema sobre el cual Hacker ha escrito un libro, «Psicodrama del asesinato de Sharon Tate», que produjo en un sector importante — por su calidad y su capacidad de decisión — una reacción doble y contradictoria: repudiaban a los jueces y al sistema judicial de los Estados Unidos como excesivamente duros, por su persecución y condena de Calley, y a los mismos estamentos como excesivamente blandos, por su manera de conducir el proceso contra Manson. Sobre estos casos vividos y actuales, Hacker sobrepone algunos tomados a la leyenda mezclada con la historia — a la manera clásica de los psicoanalistas; a la del propio Freud, institucionalizando a Edipo, por ejemplo, como molde de situaciones reales —, como en el breve psicoanálisis del «caso Guillermo Tell».

Con un espíritu científico abierto, Hacker enriquece su libro con las aportaciones de otros. Tres largas conversaciones del autor con Konrad Lorenz,

Karl Meninger y Herbert Marcuse — Hacker aparece en ellas como un hábil entrevistador, pero no ahorra sus opiniones, favorables o contrarias a las de su interlocutor —, dan una importante dimensión de pluralidad y de proceso abierto a este libro.

Su lectura no solamente es apasionante, fácil y directa, sino que es también altamente recomendable, se esté o no de acuerdo con las opiniones del autor, como una base de conocimiento del mundo contemporáneo y de algunas de las esperanzas y de las condenas que puede encerrar el futuro. ■ PABLO BERBEN.

«Seis piezas No»

Tiempo atrás, a raíz de ver una compañía de Tokio en los Festivales de Belgrado y de Venecia, escribí en la sección teatral de la revista un comentario sobre el No, forma tradicional del teatro japonés. Ahora acaba de publicarse en España — por Barral Editores — un volumen de obras de Yukio Mishima, bajo el título «Seis piezas No», cuyo comentario juzgo de gran interés, tanto por la escasa bibliografía española sobre el tema como por lo equivoco del título.

En realidad, si nos atenemos a la forma ritual del No — establecida por Kanami Kyotoku (1333-1384) y, sobre todo, por su hijo Zeami Motokyo (1363-1443), uno de los más grandes escritores japoneses de todos los tiempos —, los textos de Mishima difícilmente podrían calificarse de tales. Subsisten, actualizados personajes y situaciones; muchos de los elementos del viejo No, en particular una especie de realismo mágico, que, ahora, a través de la «actualización» de la anécdota, se hace aún más evidente. En los textos tradicionales, el paso de los siglos ha impregnado lo que era materia inmediata, realidad «visible», de cier-

to tono legendario, que quizá suavizaba ese contraste con lo «inverosímil», con lo mágico, que resulta ahora subrayado por el trabajo de Mishima. Hay, en efecto, en estas recreaciones «modernizadas» de los viejos temas — Mishima murió en el 72, haciéndose en público el harakiri «a título de ejemplo nacionalista» — un prosaísmo, un lenguaje familiar, que hace mucho más estridente la concepción mágica de la realidad. Apariencia y misterio se diferencian y se unen, sin confundirse jamás, como ocurre con los antiguos No, donde el «realismo» es ya leyenda.

Sucede, sin embargo, que el No entraña también una forma teatral, un tiempo escénico, una expresión en la que el coro, la música y la danza desempeñan una importantísima función poética. Unos sencillos versos pueden reflejar cambios fundamentales, gracias precisamente al ritual que los acompaña. La danza del protagonista de «Kantan», por ejemplo, realizada por el personaje que sueña ser Emperador, mientras el coro canta el paso de un tiempo feliz, posee un valor literariamente inexpressible. ¿Puede seguir llamándose No una obra que, además de cambiar los supuestos argumentales — el viejo peregrino de Kantan que descubre en un sueño lo efímero de la gloria y, en definitiva, la inconsistencia de la vida, es sustituido en la versión de Mishima por un muchacho de hoy, que vive en su sueño las diversas y modernas concepciones del éxito —, intenta abordar el misterio con un diálogo de comedia occidental? ¿No serán inseparables las formas del No del concepto del mundo que encierran? ¿Podrá traspasarse este concepto a una estructura teatral que nos trae a la memoria la obra de una serie de autores europeos?

En el prólogo del volumen que comentamos se dice que las piezas de Yukio Mishima han